

# EN EL NOMBRE DE LA HIJA: UNA VISIÓN DE JUAN MANUEL DE ROSAS DESDE DOÑA MANUELITA, LA NIÑA.

## APUNTES SOBRE EL PROCESO DE ESCRITURA DE *LA PRINCESA FEDERAL*<sup>1</sup>

In the name of the daughter: Juan Manuel de Rosas from the point of view of Doña Manuelita, la Niña (“Doña” Manuelita, the young maiden).

Notes on the writing process of the novel *La princesa federal* (The Federal Princess)

**María Rosa LOJO**

Conicet-U.B.A.-U. del Salvador

Escritora

mrlojo@gmail.com

Si la figura de Rosas ha sido inexcusable punto de conflicto para los historiadores, no lo es menos para los novelistas, tanto más incentivados por el atractivo de la conflictividad. Despreocupada del uso instrumental de la historia (moralista o partidario), liberada de la hagiografía o la demonización del personaje célebre, la novela histórica actual se propone, antes bien, que los lectores lo contemplen vivir desde diferentes miradas y lleguen a sus propias conclusiones.

Me propongo aquí dar cuenta de las opciones tomadas en este sentido, durante el proceso de escritura de mi novela *La princesa federal* (aparecida por primera vez en 1998, con sucesivas reediciones –diez– hasta la última de 2013), cuyo personaje protagónico no es Rosas, pero sí su hija Manuela Robustiana, que nació en Buenos Aires en 1817 y murió en Londres en 1898. Naturalmente, este emprendimiento me

---

<sup>1</sup> Versión revisada y actualizada de la conferencia leída en las Jornadas Visiones de Rosas, Buenos Aires, Pontificia Universidad Católica, Argentina, 16 y 17 de setiembre de 2010.

llevó a revisar las anteriores perspectivas sobre Rosas y su régimen, para elaborar la (o mejor dicho, las) de este libro.

*La princesa federal* imagina a Manuela en su exilio inglés, ya anciana, evocando su extraordinario pasado ante el joven médico argentino Gabriel Victorica, que ha ido a visitarla, acicateado por las revelaciones de un cuaderno secreto, cuya existencia ella ignora. Se trata del diario que supuestamente llevara durante parte de su vida don Pedro de Angelis. Este intelectual napolitano desterrado, probablemente miembro de la Masonería, había llegado al Plata como educador durante la efímera “ilustración” del presidente Rivadavia, aunque concluyó sirviendo al gobierno pro-hispánico, católico y tradicionalista, del padre de Manuela, don Juan Manuel de Rosas. Un juego de voces y de versiones contrapuestas: la de la vieja señora, la voz escrita de De Angelis, y la interpretación de Victorica que reúne y confronta las otras dos y narra la historia, convergen en la mirada del lector, que desde este poliedro podrá evaluar tanto a Manuela Rosas como a su padre.

La importancia de este en la vida de Manuela, fue a todas luces, decisiva, para bien y para mal. Por eso, en algún momento, Gabriel Victoria le hace a la señora esta pregunta y obtiene esta respuesta:

—¿Le perdonó usted entonces?

—¿Qué cosa?

—Su egoísmo y su injusticia.

—¿Cómo no iba a perdonarle lo que estaba en su naturaleza? Por él y con él goberné. Contra él construí mi propia casa. ¿Por qué habría de guardarle resentimientos? Así fue cómo se hizo mi vida [Lojo 2010: 95]<sup>2</sup>.

Rosas, figura genitora por excelencia, se presenta así como el dador del nombre y la existencia y el oferente de un destino, el que ha hecho que la vida de su hija haya sido como fue y como aún es, por acatamiento o por oposición, el que ha dictado las reglas del juego y ha colocado las condiciones en las que Manuela debió moverse.

¿Qué grado de reciprocidad pudo haber en esta relación? No pudo haber simetría, claro, literalmente, en cuanto al vínculo genitor/vástago. Pero sí termina habiéndola en otro registro, porque la hija crea y representa, para el pueblo, otra cara del Dictador. La niña inexperta que sigue los pasos de su madre en el campo de la mediación y la intriga política, se perfila cada vez más, en un proceso de creciente empoderamiento, como el complemento indispensable del Gobernador. Así lo observa, con ironía, don Pedro de Ángelis, calificado servidor de Rosas y también oficioso consejero de la niña

---

<sup>2</sup> Todas las citas son de esta edición.

Manuela, que completa con sus sutiles observaciones la perspectiva tanto más simple y lineal que doña Manuela prefiere ofrecer a veces a su visitante Victorica. Escribe De Angelis:

He llegado a la conclusión de que Manuela y Rosas se han convertido en unidad perfecta y por ahora indisoluble. No existiría Rosas ni el poder de Rosas tal como es sin Manuela, y ella lo sabe. Manuela puede. No solamente puede sobre los siervos y los agradecidos por las dádivas que entrega su mano, y por la sonrisa y el roce de esa mano cuando se abre en el gesto de donación. No sólo puede sobre la policía y las fuerzas de choque y los eclesiásticos y los leguleyos que rodean al Gobernador. No sólo es la Circe que endulza las decisiones de los diplomáticos extranjeros y tuerce delicadamente la dirección y la interpretación de sus intereses.

Manuela puede sobre Rosas. Puede porque un dictador necesita ser mujer por lo menos en la mitad de sí mismo, para que lo amen como a una madre [162<sup>3</sup>].

La nivelación, en este plano, desembocará, hacia el fin de la vida del padre y hacia la madurez de su hija, en una asimetría inversa a la inicial. La niña se casa contra la voluntad paterna. Soporta, paciente pero inflexible, el rencor y el ostracismo de un anciano resentido que se niega a conocer a sus propios nietos. Sin dejar de ser hija, abandonará toda subordinación y se convertirá también en madre de un hombre solo y desnudo ante la muerte. Así termina confesándose al doctor Victorica, que la atiende en su enfermedad: “Yo soy el único hombre de tu vida”; “Cuando era niña, Tatita”; “Siempre fuiste y serás una niña. La Niña. Mi Niña”; “A veces lo seré todavía. Cuando te mueras seré tu niña, y también tu madre. Para curarte las mataduras de los caminos y los latigazos de tu pecado y de la mala suerte. Para cerrarte los ojos” [178].

No es ésta, claro, la visión tradicional de los vínculos entre Rosas y su hija, cimentada sobre todo en el enfoque de José Mármol que, tanto en su novela *Amalia*, como en el folleto *Manuela Rosas: Rasgos biográficos*, diseña una imagen de la relación entre la Niña y su padre destinada a perdurar.

¿Por dónde pasa el eje, para Mármol, de este vínculo? Por el carácter instrumental de la filiación, vista desde el lado de Rosas, quien según el poeta, usa a Manuela (su producto) contra su voluntad o prescindiendo de ella y la convierte en su víctima. Supuestamente degradada, desnaturalizada su condición de mujer (y de mujer de la clase alta) por el ejercicio del poder y el trato con el populacho, la Manuela que

---

<sup>3</sup> Las bastardillas en las citas de *La princesa federal* pertenecen al original.

Mármol describe no es sino el sufrido instrumento de un padre que la oprime tanto a ella como a su pueblo.

Este poderoso y persistente cliché: una hija inerte e inerme, víctima de un padre autoritario, resultó el disparador de *La princesa federal*, que trabaja, en buena parte, para desarticular y desconstruir esta imagen. No se trata de negarle a Rosas intenciones de instrumentalización (de Manuela, o de cualquier otra mujer de su familia útil para la política). Como bien lo ha demostrado Sáenz Quesada, las mujeres de su entorno fueron particularmente importantes no sólo en la intimidad personal sino a los efectos de la vida pública. Por lo demás, en las interesantes cartas que Rosas intercambia en el exilio con su amigo Roxas y Patrón, ambos expresaron su confianza en el mayor carisma de las mujeres—derivado en parte de las connotaciones maternas— que podía tornar mucho más agradable y llevadero obedecer a una señora<sup>4</sup>. De hecho, el Restaurador eligió como sostén y representante en el gobierno a Manuela, y no a su hijo varón primogénito Juan Bautista (que fue toda su vida un anodino caballero rural).

Pero hay otro elemento con el que Mármol no cuenta, y es el posible deseo de la propia Manuela: también una mujer política, activa y cooperante en la mayor parte de los casos, aunque estuviera lejos de convalidar todas las decisiones de su padre (como ocurrió con el caso de Camila O’Gorman). Los fundamentos del escritor para sostener la victimización de Manuela nos suenan hoy tanto políticamente incorrectos como psicológicamente inverosímiles. ¿Quién puede pensar en la actualidad, seriamente, que el deseo de poder o el gusto por el poder son ajenos a la no tan frágil “naturaleza femenina”, o que la pervierten y degeneran, sustrayéndola “de esa susceptibilidad a impresiones frívolas y ligeras, que distraen, halagan y enajenan la imaginación de las mujeres” [Mármol 2001: 255]. Los otros argumentos, de corte racista y clasista, son igualmente poco atendibles: ¿le darían realmente asco a Manuela Rosas las que Mármol llama “bacanales” (en realidad los bailes populares de la Federación)? ¿Se sentiría en verdad envilecida por tener que confraternizar en esos bailes con el pueblo llano, hasta llegar al “colmo” (para Mármol) de tener que bailar alguna vez incluso con negros? Otros autores, como Sánchez Zinny y Antonio Dellepiane, insistirán, con matices, sobre los mismos razonamientos que el autor de *Amalia*, así como sobre la “desnaturalización” femenina en el campo del poder.

---

<sup>4</sup> Alfredo Burnet-Merlin cita una carta de José María Roxas y Patrón a Rosas en el exilio: “No creo en la monarquía pero tampoco en la república, como están al presente. Son formas extremas [...] partiendo de la idea de poner hereditaria de la república a una persona [...] mi opinión ha sido siempre que debía ser una mujer” [89]. Tanto Rosas como su amigo eran fervientes admiradores de la Reina Victoria, y de Roxas en particular surgió la propuesta—debatida en la legislatura en el año 1841— de postular a Manuelita como la sucesora y heredera política de don Juan Manuel.

*La princesa federal*, desde luego, toma otra posición. Es difícil creer que a la joven y alegre Manuela, convertida en la mujer más notoria del Río de la Plata, le disgustasen su ascendiente sobre el pueblo, los honores de reina y el enorme afecto que recibía en estas celebraciones. Lejos de ser solamente una dama de salón, también participaba de la cultura rural y popular; estaba habituada desde la infancia al trato con gauchos y era conocida como una de las mejores amazonas, si no la mejor, de la Argentina. Su amor por los caballos que ya no tenía le hizo más duro el exilio londinense. Esta afición, en cambio, es destacada por Rivera Indarte como un vicio, contrario a la timidez femenina, que Rosas le ha obligado a adquirir: “trabajó para hacerla perder la timidez de su sexo, exponiéndola a peligros y haciéndola cabalgar potros briosos...” [179].

En la novela, Pedro de Ángelis la ve de esta manera:

Manuela es menos y es más que una mujer hermosa. Sabe lo que siempre supieron las mujeres y también lo que siempre se les ha impedido saber. Está habituada a las intrigas del gobierno y a las fatales durezas de la guerra, y a la justicia que disfraza la venganza. Con perfecto equilibrio reparte su vida entre fusiles y terciopelos, entre abanicos y caballos de combate. Desobedece, diestramente, dentro del orden [165].

Cae pues, la imagen de Rosas como padre meramente victimario y de una hija inerte, arrancada del gineceo aristocrático y forzada por el padre manipulador a las rudezas del poder y a la “contaminación” de clase. En *La princesa federal*, Manuela va apareciendo como un sujeto político activo, quizá seducida o convencida, antes bien, por un padre-maestro que la juzga su heredera en este terreno y le propone un *pacto* en el que ambos serán, sobre todo, *socios*<sup>5</sup>, porque comparten un horizonte común de valores y convicciones y una responsabilidad histórica y simbólica. Esto es lo que Rosas quiere hacerle entender en los momentos álgidos del primer bloqueo y la conspiración de los Maza, cuando Manuela, consternada, llega a pedir por los condenados, uno de ellos cuñado de la propia nuera del Restaurador:

Lucho contra la anarquía interna, contra las ambiciones de los caudillos locales, y contra las pretensiones de los gobiernos extranjeros que buscan avasallarnos. Soy el orden. Conservo la unidad de la nación ante todo y contra todos. Soy la voz y el brazo ejecutor de la clase decente: los que han creado la riqueza del país, los dueños de las tierras y del ganado, pero soy también la

---

<sup>5</sup> “No te hablaré como a una hija que me debe obediencia. No te hablaré como a uno de los ministros que también han de obedecerme sin la sombra de una duda. Te hablaré, Manuela de Rosas y Ezcurra [...] como a una socia. Porque esos sos o seguirás siendo sin que te quede o nos quede otro remedio” [76].

voz de los que nada poseen. En mí se contemplan como en el espejo que los magnifica y los dignifica: el que defiende sus costumbres y sus querencias, la imagen viva de sus convicciones y de sus hábitos. Nosotros -vos y yo, Manuela Rosas- somos la Pampa. Así como los hombres de otras naciones veneran y presienten el mar, así nosotros ansiamos la llanura inagotable que resuena bajo los cascos [77].

La inclusión de esta última línea (del cuento "El muerto", escrito por el "salvaje unitario" Jorge Luis Borges), no sólo se propone, justamente por ese motivo, la ironía humorística, sino que alude, dado el tema del mencionado cuento, a lo efímero y engañoso del poder. Acerbo conocimiento que el régimen de Rosas probará en unos años.

La desaparición de la víctima y el surgimiento de la *socia* dan paso, en cambio a la *culpable*. De un modo u otro, Manuela ha co-gobernado; por lo tanto, el lado oscuro del poder, las feroces rivalidades, los odios de partido, el daño infligido a otros, la manchan y la responsabilizan inevitablemente. De ahí su sueño repetido, que se desarrolla en una iglesia convertida en burdel o taberna, donde ella y su padre se hallan junto a la flor y nata de los jefes unitarios y federales, desde Lavalle a Urquiza. El sueño le muestra un espejo envilecido de su padre, que fuma, bebe desaforadamente y juega a los naipes, y que, tal como ella y como los demás políticos, intelectuales y militares, está sometido a las críticas y los reclamos de los feligreses, que responsabilizan a los dirigentes de los males de la patria.

La novela entabla diálogo también con otra imagen de Rosas, vinculada sobre todo a la calumnia y a la prensa amarilla de un Rivera Indarte, pero persistente en el tiempo: *la del padre incestuoso que abusa de su hija*. No existe fundamento serio para sostener las afirmaciones del desaforado opositor, como no sean algunas bromas de dudoso gusto [Greene Arnold: 164-5], citadas por testigos. Pero sí es indudable y se halla abundantemente expresado en cartas y testimonios, el vínculo de admiración embelesada que une a Manuela con su padre, así como el lado más doloroso del pacto político: la hija renuncia a la vida matrimonial para consagrarse por entero a su función pública. Como las estrellas del *pop*, cuyos amores se ocultan para que no dejen de ser objeto permanente del deseo, la Niña, soltera y en apariencia libre, puede utilizar a voluntad su potencia seductora, que rinde buenos dividendos políticos. Uno de ellos es el encantamiento y hasta cierto punto la obnubilación que ejerce sobre los representantes extranjeros. Así sucede con el embajador inglés, Lord Howden, que llega a pedirla en matrimonio durante la época del segundo bloqueo y que –dice

zumbonamente el famoso historiador Ferns– “no hizo ningún progreso con Rosas ni tampoco, habría que agregar, con la hija de éste” [282]<sup>6</sup>.

La novela se detiene en especial sobre el rico campo psicológico de ambigüedades que presenta esta mutilación consentida, pero no total: Manuela tiene efectivamente un largo aunque secreto romance con Máximo Terrero, sin duda el gran amor de su vida, que vive también, como secretario de Rosas e hijo de uno de sus mejores amigos, en la mansión de Palermo. No puede hacer público este apasionado compromiso, porque su prioridad es la dedicación exclusiva a su tarea de Primera Dama. ¿Se trata sólo de sacrificio, o hay en la renuncia una mezcla de autocomplacencia por la situación excepcional y privilegiada que ocupa, y de fascinada devoción por su padre? Nuevamente se desacredita en el texto la versión del padre, tirano omnipotente, por sobre cualquier conato de voluntad de la hija:

Todos creen que Manuela desea ser liberada por la mano del héroe capaz de arrebatarla cuando el dragón está dormido –dice Pedro de Angelis–. Todos ignoran que el dragón nunca duerme, y lo peor: que ella en verdad no desea liberarse. Tiene un pacto con la fiera y las llamas que parecen apresarla son apenas el reflejo del muro que sostiene el castillo [139].

Manuela llegará a su plena autonomía paradójicamente en el exilio inglés cuando, ya desligada de sus obligaciones, elige el matrimonio con Terrero y apuesta por el más postergado de sus anhelos: la maternidad, aunque escandalosamente tardía, como primeriza, para las pautas de la época.

Otra de las imágenes de Rosas que se pone en tensión es la del *libidinoso libertino*, con aura demoníaca, que se enuncia ya en el texto de Mármol. Dice el autor de *Cantos del peregrino*:

Al mismo tiempo que Rosas sentencia a su hija a un celibato eterno, como un genio del mal, la empuja a las tentaciones y al vicio. Él hace de su barragana la primera amiga y compañera de su hija; él la hace testigo de sus orgías escandalosas, a que lo impele su temperamento carnal y cínico; él la hace instrumento de sus deseos salvajes con las jóvenes que el vicio de sus padres arrastra hacia Palermo; y, al mismo tiempo de estos ejemplos, él concede a su hija toda la libertad de un hombre, para quien todos los hombres son

---

<sup>6</sup> Poco antes Ferns había dicho: “En sus negociaciones con Rosas, pronto Howden se vio en dificultades que ni siquiera pudo superar su proposición de casarse con Manuelita. Es más aún, sus consideraciones por esta dama parecen haberlo ablandado más a él mismo que al padre” [281].

casados, pues que a ninguno puede amar legítimamente y con franqueza” [2001: 243-4].

*La princesa federal* se coloca fuera de esta concepción romántica de Rosas que lo ve como el gran perverso de estatura demoníaca, capaz de todos los excesos. La novela dialoga en este sentido con otras visiones del personaje, sobre todo la de su sobrino, Lucio V. Mansilla, autor de una biografía del Restaurador discutida en su tiempo tanto por adictos como por opositores. Lejos de las hipérbolas satanizadoras, intenta un retrato realista, rico en matices. Rosas, señala Mansilla, “no era sensual”:

[...] no era naturaleza fogosa, era sencillamente un neurótico obsceno. La frase picaresca o cruda lo complacía, el ademán lascivo lo embriagaba, y más allá no iba por impulso. [...] Sus modos de expresión y de acción, sin rebozo, bufones a veces, contribuyeron grandemente, por el partido que de ello sacaron sus enemigos, a desacreditar en extremo su casa y a mirar en Palermo una especie de Trianón [38].

Solo una mujer, concluye, ha estado en el centro de su afecto: su esposa Encarnación, con quien se casa muy joven y con quien comparte la pasión política y la plena comunidad de gustos, creencias y valores: “A nadie quizá amó Rosas como a su mujer, ni nadie creyó tanto en él como ella” [39]. En su madurez, señala, las mujeres (y aquí, aunque no la menciona debe de hallarse la concubina, madre de una prole no reconocida) fueron más bien para él una cuestión “de higiene”.

Es de notar que Mármol no se refiere en su crítica a ciertas circunstancias de la relación entre Rosas y Eugenia Castro, su manceba, que hoy sí moverían a la abierta repulsa. Ni a la condición de tutor/patrón ejercida por Rosas sobre esta muchacha que su propio padre había encomendado a su cuidado, ni a la gran diferencia de edades y al hecho de que se convirtiera en su amante cuando él, viudo ya de Encarnación Ezcurra, tenía más de cuarenta años y ella catorce. ¿Quizá no conocía esos detalles, por tratarse de una relación que Rosas mantenía lo más oculta posible, en un circuito doméstico? ¿O bien, aun sabiéndolos, no lo escandalizaban porque no existía en la época el criterio de adolescencia (las mujeres eran aptas para el matrimonio una vez que menstruaban, y también era corriente que, como el propio José de San Martín, jovencitos de trece o catorce años sirviesen en el ejército bajo la línea de fuego)? La idea de incesto real o figurado tampoco era la misma: el General Paz pudo casarse con su propia sobrina (también muchísimo más joven), con la debida dispensa; los matrimonios entre primos hermanos eran comunes. Le hubiera molestado a Mármol, en cambio, la seducción o la violación de una niña de la misma edad que Eugenia, pero de la “clase decente”. El uso sexual de las jóvenes de clase humilde por parte de sus

empleadores, jóvenes o maduros, era una costumbre tolerada en una época pródiga también en hijos bastardos, nacidos de esos amores ilegítimos. El factor irritante lo constituye para Mármol, no el hecho de que Rosas mantenga una barragana de clase inferior, sino que lo haga dentro del mismo ámbito del hogar honorable, en la casa que comparte con su propia hija soltera. *La princesa federal*, en cambio, sí pone en su agenda temática y problemática la relación de Rosas con Eugenia y de ésta con Manuela, y se ocupa especialmente de los estrechos criterios de “virtud” femenina por entonces imperantes y de las normas hipócritas de la doble moral sexual.

Me he centrado aquí en tres de los clichés sobre los que la literatura ficcional y/o panfletaria de la prensa opositora construyó la figura de Juan Manuel de Rosas: el padre victimario y manipulador político; el padre incestuoso que causa la deshonra y la infelicidad de su propia hija y el libidinoso abusador y corruptor. Estas imágenes han sobrevivido, transformándose, deformándose, matizándose en una larga sobrevivida literaria. *La princesa federal* las desmiente en parte, al recuperar para Manuela la condición activa de sujeto inteligente y deseante de objetos y de objetivos que no se consideraban adecuados para “el alma tímida de las mujeres” (Mármol *dixit*). Si algo no hubo en la familia femenina del Restaurador fue, justamente, mujeres de alma tímida, empezando por la poderosa doña Agustina, su propia madre. Por otro lado, aunque se desarme el ícono del Rosas-Calígula que pintaron algunas plumas unitarias, queda el triste destino secundario de Eugenia Castro, que representa a tantas mujeres de su tiempo frente al poder abusivo de un orden patriarcal. “Cautiva”, como la llamó su patrón y amante, de su imposibilidad de elegir, de jugar el juego de seducción y rechazo al que Manuela, privilegiada por su cuna y también por su talento, habilidad y astucia, sí supo en cambio desplegar, hasta donde lo permitieron los límites de su condición de género.

Más allá de la relación padre/hija, la novela explora otras aristas del siempre inquietante, amado y odiado gobernador de Buenos Aires: el hijo rebelde que vuelve para postrarse a los pies de su madre; el amo irónico de un intelectual bien pago (don Pedro de Ángelis) al que le divierte, a veces, humillar; el defensor del orden, el padrino del ranquel Mariano Rosas; el anciano maniático y orgulloso que “volverá a ser lo que es o lo que ha querido ser siempre: un gaucho” y que construirá en su granja de Sussex “un mundo a su imagen y semejanza. Hará cortar dos mil árboles, removerá troncos descomunales para imponer sobre la tierra inglesa la forma de la llanura” [193].

Todas estas facetas y otras muchas posibles seguirán incitando, sin duda, la imaginación poética y polémica de los futuros novelistas.

## Bibliografía

- BILBAO, MANUEL. 1934. *Tradiciones y recuerdos de Buenos Aires*. Buenos Aires: Librería del Colegio.
- BURNET-MERLÍN, ALFREDO R. 1976. *Cuando Rosas quiso ser inglés: Historia de una anglofilia*. Buenos Aires: Libera.
- BUSANICHE, JOSÉ LUIS, comp. 1986. *Rosas visto por sus contemporáneos*. Buenos Aires: Hyspamérica.
- CALZADILLA, SANTIAGO. 1969. *Las beldades de mi tiempo*. [1ª ed. 1891]. Buenos Aires: Sudestada.
- DELLEPIANE, ANTONIO. 1934. "El testamento de Rosas". *BAAL*, II: 301-22.
- . 1950. "Manuela Rosas". *Rosas*. Buenos Aires: Santiago Rueda. 281-366.
- GÁLVEZ, MANUEL. 1940. *Vida de don Juan Manuel de Rosas*. Buenos Aires: El Ateneo.
- GREENE ARNOLD, SAMUEL. 1951. *Viaje por América del Sur, 1847/1848*. Buenos Aires: Emecé.
- FERN, H. S. 1968. *Gran Bretaña y la Argentina en el siglo XX*. Buenos Aires: Solar/Hachette.
- IBARGUREN, CARLOS. 1933. *Manuelita Rosas*. Edición definitiva. Buenos Aires: La Facultad.
- KOHUT, KARL. 1997. "Introducción". *La invención del pasado: La novela histórica en el marco de la posmodernidad*. Frankfurt-Madrid: Vervuert-Iberoamericana. 9-26.
- LOJO, MARÍA ROSA. 1994. *La "barbarie" en la narrativa argentina (siglo XIX)*. Buenos Aires: Corregidor.
- . 2010. *La princesa federal*. [1ª ed. 1998]. Buenos Aires: El Ateneo, 2010. [Última edición en DeBolsillo, Random House Mondadori, 2013].
- LYNCH, JOHN. 1996. *Juan Manuel de Rosas 1829-1852*. Buenos Aires: Emecé.
- MAC CANN, WILLIAM. 1986. *Viaje a caballo por las provincias argentinas*. Buenos Aires: Hyspamérica.
- MARMIER, XAVIER. 1948. *Buenos Aires y Montevideo en 1850*. Trad., prólogo y notas de J. L. Busaniche. Buenos Aires: El Ateneo.
- MÁRMOL, JOSÉ. 2001. *Manuela Rosas y otros escritos políticos del exilio*. Est. preliminar y ed. Félix Weinberg. Buenos Aires: Taurus.
- . 1960. *Amalia*. [1ª ed. 1851]. Buenos Aires: Kapelusz.
- MANSILLA, LUCIO VICTORIO. 1954. *Mis memorias: Infancia-Adolescencia*. [1ª ed. 1904]. Est. prel. Juan Carlos Ghiano. Buenos Aires: Hachette.
- . 1964. *Rozas*. [1ª ed. 1898]. Buenos Aires: Malinca Pocket.
- MASIELLO, FRANCINE. 1992. *Between Civilization and Barbarism: Women, Nation and Literary Culture in Modern Argentina*. Nebraska: University of Nebraska Press.
- MENTON, SEYMOUR. 1993. *La nueva novela histórica de la América Latina 1979-1992*. México, F.C.E.
- PINEDA YÁÑEZ, R. 1932. *La manceba de Juan Manuel de Rosas (María Eugenia Castro)*. Buenos Aires: Manuel Gleizer.
- RAMOS MEJÍA, JOSÉ MARÍA. 1927. *Rosas y su tiempo*. Buenos Aires: ECYLA.
- REYES, ANTONIO. 1943. *Memorias del edecán de Rosas: Arregladas y redactadas por Don Manuel Bilbao*. [1ª ed. 1883]. Buenos Aires: Americana.
- RIVERA INDARTE, JOSÉ. 1945. *Rosas y sus opositores*. Buenos Aires: Jackson.
- SABOR, JOSEFA EMILIA. 1995. *Pedro de Angelis y los orígenes de la bibliografía argentina: Ensayo bio-bibliográfico*. Buenos Aires: Solar.
- SÁNCHEZ ZINNY, E. F. 1941. *Manuelita de Rosas y Ezcurra: Verdad y leyenda de su vida*. Buenos Aires: Imprenta López (Edición del Autor).
- SARMIENTO, D.F. 1961. *Facundo*. Pról. y notas Alberto Palcos. Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas.
- SÁENZ QUESADA, MARÍA. 1971. "Manuelita: un mito sin polémica". *Todo es historia*, 49, mayo: 8-29.
- . 2012. *Mujeres de Rosas*. Ed. aumentada. Buenos Aires: Sudamericana.